

Mediocridad...

"La mediocridad no se imita"
Honoré de Balzac

El reflejo de la realidad empieza a traducirse en signos de fragilidad, en espacios de debilidad. Se esperan grandes cambios, pero se generan pocas opciones. Se condicionan las respuestas por la complejidad de las preguntas. Imágenes que derrochan tristeza, encabezados que marcan la crudeza del momento; se percibe la dificultad; se inhibe la capacidad de acción, de planeación, de decisión.

La competitividad se convierte en una palabra mal conjugada. El progreso no sólo se mide en cifras macroeconómicas, se mide en el número de casas que pueden sentirse seguras por el buen funcionamiento del drenaje, y no perder su patrimonio en inundaciones. Las **lluvias** pasan y la basura, al igual que el progreso, se estanca por la falta de infraestructura. El desarrollo también se mide demostrando que el impuesto es sinónimo de beneficio tangible para la ciudadanía. El progreso se siente, se percibe, se reconoce, se transmite. Hay que entender y comprender las causas de la enfermedad. Sería irresponsable aducir ignorancia o complacencia y esperar la aparición de nuevos síntomas para determinar el estado físico del paciente. Apostar por la medicina preventiva es ya una obligación inaplazable para construir bases estructurales sólidas. El país ya no soporta anestésicos o simples analgésicos. México necesita terapia, fortalecer el nervio, cerrar la herida, eliminar el virus, evitar contagios de resignación, de frustración y desesperación.

El Estado necesita cumplir con su función estabilizadora. La ciudadanía, por su parte, con su función vigilante y participante. Representar a los electores en el sentido sustantivo, mediante una legislación justa y eficaz, sin apariencias ni simulaciones; señales de pasividad que desembocan en signos de mediocridad.

El sistema político requiere de consenso y de disenso bajo reglas claras, pero sobre todo bajo conductas y actitudes de congruencia, en donde la palabra exprese respeto, tolerancia y humildad.

Si se nos olvida convencer, entonces el solo hecho de tratar de imponer nos cerrará los espacios jurídicos y políticos necesarios para dar respuesta a las demandas de la sociedad actual. Representar también es conversar, el diálogo no tiene por qué ser siempre fácil, ni siempre tranquilo, pero no podemos abdicar de él en ningún momento.

La sensibilización por la cuestión social es el primer requisito para atenuar y reducir los factores de desigualdad; bus-

car la racionalidad no sólo en la suma de emociones, sino en la colección de valores, permitirá una política igualitaria en donde el poder coercitivo del Estado es controlado a través de una distribución plural del poder político.

No se puede ignorar, mucho menos aceptar el debilitamiento de los signos de identidad nacional; no podemos equivocarnos y asumir un comportamiento que lastime y vulnere la defensa de los derechos ciudadanos y promoción de sus intereses legítimos. Existe una palabra llamada justicia, aquella que no se puede transformar en recuerdo, que requiere distribución de la riqueza, igualdad de oportunidades y existencia de libertades.

Actuar en la medianía de las posibilidades es enfrentar con cobardía la oportunidad de ajustar y acertar en la solución.

Hace falta anticiparse al problema, confiar en la lógica de la prevención, y no recaer en la trágica imagen de la indefensión. No se trata de escoger entre resistir o resignarse, se trata de definir y arriesgarse, dirigir y fortalecerse, coincidir, comprometerse.

Hoy nos hace falta aprender del cuestionamiento, defender con conocimiento y preparación, actuar con capacidad, reformar con inteligencia, recaudar con eficiencia, distribuir sin negligencia. Atrás debe de quedar la competencia sin sentido, sin destino propositivo. Hoy importa ser competitivo y eso se empieza asegurando comida y vivienda digna para los más de 50 millones de pobres; se consigue evitando una implosión de una ciudadanía en constante temor.

El ideal de la igualdad no puede contrastarse con el reconocimiento de la diversidad. El enemigo no es aquel que legítimamente opina diferente, el enemigo es aquel que en la impunidad protege al asesino, es aquel que en la complicidad traiciona el honor y derrocha maldad. El enemigo es la indiferencia, es la mentira. El enemigo no conoce los actos de valor, prefiere esperar la etapa terminal del paciente, sedarlo, hacerlo más vulnerable. Instintos deleznable que humillan, destilan y exhiben lo peligroso y permisivo que puede llegar a ser la mediocridad.

Gracias, padre



Mónica Arriola*

*Diputada del Partido Nueva Alianza
arriolamonica@hotmail.com

